



Carta de una mujer indignada. Desde el Magreb a Europa

Wassyla Tamzali

Traducción de Magalí Martínez Solimán

Cátedra. Madrid, 2011

208 páginas. 12,50 euros

ENSAYO. LA ABOGADA feminista Wassyla Tamzali reclama en esta obra la complicidad de los intelectuales occidentales para defender la universalidad de los derechos humanos. También en Argelia, su país de origen, y en cualquier otro territorio de raíces árabes o identidad musulmana. Afincada en París (aunque ella misma señala su nomadismo, al moverse entre el Magreb y Francia) rememora la unidad de la izquierda en las luchas anticoloniales y echa de menos una postura común ante la equiparación de la mujer y la democratización de los países de cultura is-

lámica. En la primera parte del libro aborda la supuesta identidad de la mujer musulmana, contemplada desde ciertos sectores europeos con características y connotaciones específicas. Para Tamzali se trata de “una identidad bajo llave” que conduce a la contradicción de que en determinados países las mujeres “estén incluidas en *todo* aquello que contribuyen a definir, ya sea religioso, étnico o nacional”, al tiempo que “están excluidas del poder de actuar”. Sospecha así la argelina que esa supuesta identidad propia es una excusa para que muchos (y muchas) se conformen con que a las mujeres de sus respectivos países se les concedan unos cuantos derechos y una ligera emancipación, en vez de exigir la equiparación real. Escrito antes de la ola democratizadora que se extiende por los países de influencia islámica, Tamzali interpela a intelectuales y feministas europeos y denuncia su división. “Obviamente, hay que tener cuidado con el enemigo; ¡pero es el colmo que haya que tenerlo con los amigos!”, escribe. En la parte final analiza a los llamados musulmanes *moderados* que viven en Occidente. La autora desconfía de la moderación de muchos de ellos: apoyan la libertad religiosa, pero no la libertad de conciencia. Dedicó varias páginas al velo y a las trampas que genera no ya en las mujeres que se lo ponen o vuelven a ponérselo, sino en occidentales que elevan esa prenda a valor identitario, mientras que para la argelina es un signo de desigualdad.

Inmaculada de la Fuente